

desenvolviera en línea á la vista del enemigo. Don Juan ignoraba el número y el paradero de los bajeles de la flota turca. Despues de haber navegado como el Nelson de nuestros dias, durante diez y seis dias, de un borde á otro del Mediterráneo en busca de las flotas turcas sin poder descubrirlas, su instinto le hizo entrar en el Adriático, á toda vela, ántes del amanecer del dia 7 de octubre. Los primeros rayos del alba le permitieron percibir una inmensa nube de velas detras de las pequeñas islas Echinades, ó las Sanguijuelas, que cierran como otras tantas boyas el profundo golfo de Lepanto á la embocadura del pequeño rio Achelous. Estos eran los doscientos veinte buques ó galeras de la flota otomana que costeaban la Albania, para buscar por su parte la flota confederada y el campo de batalla que les habia sido frecuentemente favorable en la época de Barbaroja; pero no se hallaba este allí. Pialé, cansado del mar, habia sido nombrado visir. Un almirante intrépido, pero sin experiencia, Ali-Muezzinzade (hijo del Muezzin) mandaba la flota como capitan-bajá. Sus lugartenientes eran el arjelino Uludj, el tripolitano Djafar-bajá, y el jóven Hassan-bajá, hijo de Barbaroja. Pertew-bajá mandaba las tropas de tierra embarcadas en los navíos, mas incómodas que útiles en una batalla de quinientos bajeles.

Al aspecto de la vanguardia de D. Juan que se replegó detras de las islas Echinades para ir á avisar á la flota combinada, Pertew-bajá y Hassan-bajá, llamados al consejo al navío almirante, aconsejaron al capitan-bajá que se mantuviera sobre la defensiva en el golfo de Lepanto y aplazara la batalla hasta que sus nuevas tripulaciones, mas familiarizadas con el mar, dieran mas soldados al ejército y mas movilidad á sus bajeles. Pero toda prudencia parecia cobardía á los temerarios, é infidelidad á los fanáticos. Muezzinzade desplegó todas las velas para ir con mas ligereza en busca de los cristianos.

XIX

D. Juan viendo aquella maniobra, izó en su mástil de artimon un pequeño estandarte verde de forma cuadrada, señal convenida con sus almirantes para formar la línea de batalla. Cada una de sus divisiones fué dispuesta, dirigida y animada por uno de los marinos consumados que tenian un nombre que perder en la derrota ó que ilustrar con su participacion en

una memorable victoria. Andrés Doria, el veterano y el ejemplo de todos, formó el ala derecha, y se lanzó el primero entre los escollos de las Sanguijuelas para desplegarse en el golfo. El proveedor de Venecia Barbarigo se fué á lo largo por la izquierda de la isla central de Petalia ó *Villa-di-marmo*, y ocultando sus velas á la sombra de esta isla, desembocó de repente en el golfo por el brazo de mar en que desemboca el Achelous.

D. Juan con el grueso de la flota formó una extensa media luna, y siguió lentamente sus dos alas. Encontró á los turcos, engañados por la presencia aislada, de Andrés Doria, formados en columna sobre la costa de Morea para pelear contra el almirante genovés, en lugar de hacer frente en toda la estension del golfo á sus bajeles. El príncipe de Parma, Farnesio, almirante de Saboya, el duque de Urbino, almirante de Génova, el comandante Castilla, almirante de Nápoles; Marco Antonio Colonna, almirante del papa; el marqués de Santa Cruz, español que guiaba la retaguardia, flanqueaban el navío de D. Juan. Con algunas andanadas, las dos flotas, separadas por un corto espacio, se pararon, como para medirse con una mirada.

Los turcos habian tenido tiempo de cambiar su marcha en columna sobre la costa de Morea, en una

línea de batalla tan profunda como la de los cristianos y mas prolongada. El sol resplandecía sobre las olas y enviaba sus rayos desde las rocas de la Albania al mar. En la mitad de su carrera brillaba detrás de la flota de D. Juan, y deslumbraba las miradas de los turcos, reflejándose en las velas, cascos, cañones y corazas de los confederados. Millares de remos, en este momento inmóviles, estaban suspendidos en los flancos de las galeras cubiertas de combatientes. Por un singular contraste, los esclavos musulmanes que formaban la tripulacion de los cristianos, hacian votos por los turcos, remando por los cristianos entretanto que los cristianos que se hallaban á bordo de las galeras turcos, con los remos en las manos, imploraban secretamente la victoria para sus hermanos en Cristo. El viento se habia suavizado con la brisa de la mañana que sale de la embocadura del Achelous con la aurora; los remos solos iban á mover estos seiscientos bajeles dormidos.

La batalla se empeñó por sí sola, merced á la estrechez del golfo que obligaba el ala izquierda de los cristianos á tocarse con la derecha de los otomanos. La superioridad del número y de las tropas de tierra en las galeras de los turcos fué fatal al proveedor de Venecia Barbarigo; cayó bajo las picas de abordaje de los soldados de Hassan. Los estandartes

de Venecia desaparecieron por un momento con esta confusion en el fondo del golfo.

Muezzinzade creyó que para completar la victoria no necesitaba mas que abordar el navío almirante que llevaba el estandarte verde de D. Juan. Se reservó para sí este duelo á muerte en medio de las flotas. Confiando en la superioridad de su navío y en los quinientos genízaros que cubrian su puente, se arrojó sin mirar si lo seguian, hácia la galera del generalísimo.

Los dos navíos, como si estuvieran animados del mismo furor que los combatientes, se entrechocaron, se enlazaron, se separaron y se aproximaron, durante un abordaje que convirtió sus dos puentes, sus mastiles y sus vergas en un campo de carnicería, tan pronto invadido, tan pronto abandonado por los turcos y los cristianos. Los heridos y los moribundos que caian de las dos proas, peleaban sobre las ondas. El mar estaba enrojecido, la sangre chorreaba, en lugar del agua, del timon y de los remos; una nube de humo y de flechas ocultaba á las flotas la victoria ó derrota de sus dos almirantes. D. Juan y Muezzinzade se buscaban en la confusion, y ya iban á encontrarse sobre el monton de cadáveres que los separaba, cuando un tiro disparado desde las vergas del bajel español, atravesó al capi-

tan-bajá al pié del palo mayor. El grito de victoria de los españoles y el gemido del equipaje turco se confundieron en un inmenso clamor. D. Juan saltó por encima del cuerpo de su enemigo espirante para exterminar los últimos grupos de genízaros que quedaban en la popa, mientras que los españoles, tan feroces como los africanos, cortaban la cabeza al capitán-bajá que estaba aun vivo. Al aspecto de esta cabeza sangrienta, cuyo turbante goteaba sangre sobre sus frentes, los genízaros horrorizados se precipitaron en la corriente ó se rindieron. Don Juan abatió el pabellon otomano del mástil, y mandó izar el de España.

El humo disipado por el viento dejó ver á las dos flotas el éxito del duelo. D. Juan rechazó con horror, la cabeza del capitán-bajá que sus soldados le traian, y mandó que la arrojaron al mar por ser un trofeo que manchaba su gloria. Pero sus soldados ménos generosos que él recojieron la cabeza de Muezzinzade, sostenida sobre las aguas por su turbante de muselina, y la elevaron en la punta del palo mayor, para aterrar á los otomanos.

La heroicidad de D. Juan, y la temeridad del capitán-bajá decidieron, casi sin combate, la suerte de la batalla en el centro. Andrés Doria ménos feliz á la derecha, se dejó separar del cuerpo de la flota

en direccion á la costa de Morea, lo que le impidió tomar parte en la batalla con sus sesenta bajeles. Uludj, con veinte galeras de Argel, se habia metido atrevidamente entre los de Doria en los momentos en que el viento y la desigualdad de la marcha de las embarcaciones se lo habian permitido. Ya habia abordado la galera almirante de Malta, derribado centenares de caballeros y cortado la cabeza del comendador de Mesina, su jefe de escuadra, cuando la caída del pabellon otomano del navío de Muezzinzade le reveló la suerte del combate del principal cuerpo de batalla.

Desesperando de la victoria y conociendo la suerte de sus bajeles, cuando los trescientos navíos cristianos, libres de enemigos por la izquierda y el centro, se replegasen como una vasta red á la derecha, penetró con cuarenta buques turcos, por la línea medio rota de Andrés Doria, costeó los escollos de Echinades, y navegó á toda vela en plena mar, salvando al ménos esta porcion de la flota de los otomanos.

La desaparicion inexplicada de su ala izquierda hizo creer á los turcos que huia vencida, ante los cañones de Andrés Doria; el aliento de los navíos otomanos desapareció con ella, todos los que no habian sido absorvidos por los españoles y los venecianos,

se abandonaron á la corriente del viento y de las aguas, y fueron á encallar voluntariamente, en los bajíos ó en las bocas del Achelous. Las chalupas cristianas quemaron sus cascos vacíos; noventa y dos barcos iluminaron por la noche con sus llamas la costa de Albania. Ciento cuarenta navíos cojidos con centenares de cañones y miles de prisioneros fueron repartidos entre los confederados al dia siguiente en el campo de batalla.

Las aguas de Lepanto se habian tragado en algunas horas treinta mil cadáveres turcos y diez mil cristianos.

La batalla naval de Actium, que tuvo lugar quince siglos ántes en estas mismas aguas entre Antonio y Augusto, competidores del mundo romano, no habia arrojado mas víctimas en las playas fúnebres del Achelous. Si D. Juan y Muezzinzade no hubieran sido mas que dos ambiciosos rivales, disputándose el universo, esta victoria hubiera dado al uno la dominacion y al otro la servidumbre; pero las religiones y las razas no perecen en una batalla. La victoria de Lepanto, mucho mas sangrienta que la de Actium no dió á don Juan mas que gloria y despojos. Las armas preciosas, las estandartes de púrpura, los tejidos de plata, las colas de los bajás, los fanales de oro que señalaban el grado de los almirantes en sus

popas y doce mil cautivos fueron los únicos resultados de la batalla de Lepanto. Roma, Nápoles y Venecia elevaron en sus iglesias monumentos votivos en conmemoracion de la victoria de la cruz.

Los turcos escasamente heridos en su fuerza vital, disimularon su derrota á los ojos de su país. Pialé, que administraba la marina, y Uludj-bajá, que habia salvado sesenta buques, se concertaron para reconstruir, armar y equipar otros trescientos navíos en todos los puertos del Africa, de la Morea, de la Caramania, de Rodas y del Archipiélago, antes de que volviera la flota en Constantinopla segun la costumbre nacional. Los tesoros, los materiales, los cañones, los aparejos reservados por Soliman y por el gran visir Sokolli podian hacer frente á tres desastres como el de Lepanto. Cuando la nueva flota de trescientas sesenta velas entró en Constantinopla ántes del invierno, el pueblo pudo tomar la derrota por un triunfo.

Uludj-bajá, por no haber desesperado de la flota, y por haber conservado sesenta navíos al imperio, fué nombrado capitan-bajá ó generalísimo, en reemplazo del valiente y desgraciado Muezzinzade. Selim II cambió su nombre de Uludj por el de *Kilidj*, que quiere decir *la cuchilla*. Vió que el gran visir era un hombre tan capaz de rehacerse de la der-

rota como de preparar la victoria. Algunos dias despues de su nombramiento de capitan-bajá, y mientras que se ocupaba dia y noche en construir y armar una flota superior á la de los confederados, Kilidj manifestó al gran visir que todo abundaba en el arsenal, madera, cordelería, cañones, obreros, salarios, y que con semejantes recursos se obligaba á construir quinientos navíos ántes de la primavera, á excepcion de las áncoras, por no poder fundirlas las fraguas de la Turquía con la presteza con que los constructores harian los buques.

« No temas nada, bajá » le respondió con una sonrisa de seguridad, Sokolli, « las riquezas del imperio son tan grandes, que si no fuera posible hacer áncoras de hierro y velas de cáñamo, fabricamos áncoras de plata, cordajes de seda y velas de raso para nuestros navíos. »

Habiendo recibido Sokolli á Bárbaro, enviado de Venecia, encargado por la república para indagar las intenciones políticas de la Puerta: « tú vienes á ver, le dijo con buen humor el gran visir, « donde está nuestro valor ó nuestro abatimiento « despues de la derrota que hemos sufrido en Lepanto? Sabe que hay una gran diferencia entre « nuestra pérdida y la vuestra; arrebatándoos el « reino de Chipre os hemos cortado un brazo, y

« vosotros, destruyendo nuestra flota, no habeis hecho mas que cortarnos el pelo de la barba, vuestro brazo no crecerá jamás y nuestra barba crecerá mas fuerte y mas espesa que ántes. »

Kilidj salió en efecto al mar en la primavera con trescientas veinte velas, y atacó á la flota de los confederados disuelta ya por las diversas ambiciones que disuelven todas las confederaciones despues de una victoria.

La Francia estaba inquieta por la alianza de Venecia con España y Austria que confundidas en una sola potencia aspiraban á la monarquía universal desde Cádiz á Amsterdam. El senado de Venecia, enclavado en los Estados de Austria y temiendo que se extendiera todavía el ascendiente de España, de Nápoles y de Génova, dominadas por la casa de Austria en los mares, negociaba con Francia para separar á la república de la coalicion católica, y reconciliar á Venecia con Constantinopla. El sabio embajador francés M. de Noailles, obispo de Aix en Provenza, subordinando la preocupacion religiosa á la razon de estado negociaba secretamente con Sokolli esta reconciliacion útil á los tres Estados y sobre todo al equilibrio Europeo.

Las negociaciones lentas y mediadoras de M. de Noailles pusieron al fin de acuerdo al gran visir y á

los enviados venecianos acerca de un proyecto de tratado escrito por el elocuente secretario de Estado Feridun. La paz fué firmada entre la república y la Puerta el 7 de marzo 1573. Era necesaria pero cruel para los venecianos. La sangre inútilmente derramada por ellos en Lepanto era perdida: además consentian en indemnizar á los turcos de las cantidades que Selim II habia gastado para arrebatarles la isla de Chipre; y finalmente se reconocian tributarios suyos por la isla de Zante y por las demás plazas que les habia dejado en la costa de Albania.

Esta paz gloriosa para la Turquía, interesada para la Francia, vergonzosa para Venecia y funesta para la casa de Austria, descompuso todos los planes de la España y del papa contra el islamismo. D. Juan, el vencedor de Lepanto, se vengó conquistando á Túnez. Kilidj, el capitan-bajá fué con doscientos bajeles y treinta mil genízaros á restaurar en la costa de Africa el patronato de los otomanos. Túnez reconquistada se convirtió en colonia militar de los turcos, y muy pronto una avanzada de piratas independientes que tenian por patrimonio el pillaje en los mares.

El Austria desconcertada por este triunfo del negociador francés, no tardó en pedir humildemente la prorogacion de la tregua que habia firmado con Soliman II, y en pagar á la Puerta un tributo vergon-

zoso, con el cual conseguia su seguridad en Hungría. Parecia que Soliman reinaba todavía.

XX

El reinado de Selim II hasta entónces no era mas que la prolongacion del de Soliman bajo la sabia direccion de su ministro Sokolli. Selim no tenia mas que una virtud, que era la de dejar reinar en su lugar á un hombre eminente. Entregado á las delicias del haren y á los vapores del vino de Chipre, no parecia mas que un ser voluptuoso adormecido sobre el trono. Los años, los disgustos, las precoces enfermedades y las reflexiones que el curso de la vida trae en pos de sí, lo habian transformado del todo.

Las amonestaciones tiernas y respetuosas del virtuoso muftí de Constantinopla, Abu-Sud, le habian movido al arrepentimiento y á la virtud. La sobriedad, el rezo, los ejercicios mas severos de la piedad musulmana habian reemplazado los desórdenes de su vida primitiva. No se ocupaba mas que en santificarse para el dia de su muerte que sentia cercana. La muerte de su consejero Abu-Sud, que lo privó de los

consejos de este sabio, le pareció un aviso del cielo; lloró á este severo muftí como hubiera llorado á su padre espiritual. Su melancolía no encontraba atractivos mas que en la soledad de los jardines y en la meditacion del Coran á orillas del mar.

Esta melancolía religiosa, habitual á los hijos de Othman en la última época de su vida, recuerda la de Diocleciano, Carlos-Quinto y de Luis XIV, aunque en diferente creencia. La fé de los otomanos exige pocos esfuerzos de la razon; el ateismo no pervierte allí con sus vicios hasta el extremo de desafiar á la Providencia. Ellos son débiles, feroces con frecuencia, pero jamás impíos. Se ha visto esto en el reinado de Amurat II, y en el de Bajazet II. Una advertencia de la adversidad, de la enfermedad, de la religion, en boca de un dervís, ó de un sabio, reanimaba su conciencia, consiguiendo su arrepentimiento y hasta la correccion de sus primeros extravíos.

Tal habia sido en Selim el efecto de las amonestaciones del muftí Abu-Sud. Su favorito y compañero de desórdenes Djela-Beg, habiéndose burlado de la austeridad de los consejos de Abu-Sud, fué separado por Selim de su presencia y desterrado á un gobierno lejano, apesar de su antigua amistad.

Un temblor de tierra en Constantinopla, y un incendio que devoró las cocinas y los baños del serra-

No le parecieron castigos y presagios que anublaron todavía mas su espíritu. Hizo reconstruir estos edificios. Su único entretenimiento era contemplar el trabajo de los obreros que los decoraban. Un dia que visitando la vasta sala de baños, reedificada entre el haren y el serallo, resbaló su pié en las piedras de mármol pulidas y húmedas de la pieza. Este accidente agravado por la obesidad de su cuerpo y por el abatimiento de su espíritu, le pareció una señal tan funesta que entró en sus apartamentos, lleno de estupor y sobrevivió muy pocos dias á su caída.

El imperio no se apercibió de su muerte hasta que vió sus funerales. Sokolli solo sostenia el peso de un gobierno del cual Selim II no era mas que una muda é invisible consagracion. Jamás hubo soberano mas incapáz de gobernar, que reinara con mas dicha y gloria en su pueblo, precisamente porque no reinaba. Su inercia aprovechó mas á su nacion que si hubiera sido de una actividad turbulenta, y se puede decir que él sirvió á los musulmanes aun con sus vicios. Un sucesor incapáz, que conoce su incapacidad, es con frecuencia mas útil al desarrollo de los planes de un hombre de grandes conocimientos, que un heredero mediano y bullicioso: el uno turba los pensamientos de su predecesor con los suyos, y el otro deja durar una misma idea durante dos reinados.

Tal fué Selim II, conquistador de Chipre, negociador consumado en Europa, restaurador de la marina otomana, continuador de un sistema de alianza con Francia, que creó en su favor una balanza europea en contra de la casa de Austria, promovedor de la union de los cuatro mares por el rompimiento del istmo de Suez y de Crimea, vencedor y despues protector de los venecianos, que subordinó al sistema de la política otomana en Oriente para separarlos de Alemania, y para desviarlos en su favor contra el papa, su enemigo natural; derrotado al principio por D. Juan, pero victorioso poco despues contra este héroe y la liga católica, que descompuso lentamente por medio de la política, luego que la hubo deshecho por medio de la guerra; pacificador de Crimea, de Polonia, de Transilvania y de Arabia; económico finalmente respecto del tesoro público, saqueado con frecuencia en los años de guerra, pero repuesto completamente en los siguientes de paz, y habiendo sido el primero que descubrió á los otomanos una nueva economía política en los depósitos comerciales de Europa y de Indias, en la libertad de la navegacion, en la seguridad del comercio y en las únicas conquistas permanentes de un imperio, que son las que se consiguen por medio de la agricultura, del trabajo y de la paz. He aquí el reinado de Selim II, ó mas bien

el reinado al que el reconocimiento de los turcos debia darle el nombre de Sokolli. Selim fué solo una fantasma real, Sokolli fué el alma y el cuerpo del imperio; pero á Selim es á quien Sokolli debió su autoridad y mando. La posteridad, para ser justa, debe repartir desigualmente, pero con equidad, entre el sultan y el ministro, la prosperidad y la gloria de los ótomanos.

LIBRO VIGÉSIMO SEGUNDO

Selim II habia dejado seis hijos y tres hijas. Los hijos eran Murad, Mohammed, Soliman, Mustafá, Djehanghir y Abdallah; las hijas, Esmá-sultana, Gewher-sultana y Schah-sultana. Esmá-sultana habia sido casada con Sokolli, Gewher-sultana con Pialé, capitan-bajá, y Schah-sultana con Hassan, general de los genízaros. Esta consanguinidad de las mujeres habia contribuido, en el reinado de Selim, á ligar estrechamente este triumvirato del gran vi-